

# EDITORIAL

## *La «Pacem in terris» como testamento catequístico de Juan XXIII*

La encíclica *Pacem in terris* subraya sin duda uno de los problemas que la pastoral catequística tiene planteados de modo acuciante: el de la integración en sus metas sobrenaturales de las realidades terrenas.

El desinterés práctico que muestran hoy importantes sectores cristianos para con lo catequístico puede atribuirse con cierta probabilidad a una doble motivación: o creen dichos sectores que la catequesis puede hacer muy poca cosa para que el catequizando asuma un papel activo en la sociedad terrena, o quizá el mismo catequista opina que estas preocupaciones sociales de orden puramente terreno son ajenas a sus programas.

Para la desconfianza de unos y el desinterés de otros (siempre hay excepciones) la *Pacem in terris* debería constituir tema serio de reflexión: la voz del Pastor supremo ha señalado, para todos los que desempeñan algún papel en el terreno pastoral, una línea de conducta que queremos subrayar brevísimamente, como catequistas agradecidos una vez más al magisterio de JUAN XXIII.

No debería, sin embargo, mirarse estas directrices valientes y luminosas como fruto de la originalidad doctrinal del llorado Pontífice; son más bien el resultado del largo proceso de maduración con que los Pontífices anteriores aplicaron su caridad pastoral a los problemas de cada época. Desde LEÓN XIII, que abrió de par en par la mentalidad de la Iglesia a lo social, hasta la riqueza de enseñanzas de Pío XII sobre la paz, el nuevo orden y la relación de todas las realidades de este mundo con el mundo de la gracia, pasando por San Pío X que decidió reestructurar el universo entero en Cristo, todo amortigua la sorpresa, ya que no la alegría, ante los dos grandes documentos de JUAN XXIII en este sentido.

La *Mater et Magistra* se abre con un párrafo, clarísimo exponente de este avanzar:

«... Por tanto, la Santa Iglesia, aunque tiene como principal misión el santificar a las almas y hacerlas partícipes de los bienes del orden sobrenatural, sin embargo se preocupa con solicitud de las exigencias de la vida diaria de los hombres, no sólo en cuanto al sustento y a las condiciones de ésta, sino también en cuanto a la prosperidad y a la cultura en sus múltiples aspectos y según las diversas épocas.»

Para su última encíclica, elige JUAN XXIII como primera palabra lo que fue el primer saludo de Cristo resucitado: «¡Paz!», y lo que debía quedar para nosotros como última bendición de nuestro Pastor y Piloto. La paz es la nota típica de la madurez de los individuos y, de las sociedades: el Papa cree que nuestra humanidad, por los avatares de su largo caminar histórico, ha llegado a la etapa en que se la puede enfrentar con optimismo con el más profundo de sus anhelos: la paz a escala mundial.

La encíclica, vista a través del prisma de este santo y seña, la paz, se nos presenta como desarrollo de lo que fue el lema del pontificado de Pío XII: «*La paz, fruto de la justicia*». JUAN XXIII lleva hasta sus últimas consecuencias el programa de su predecesor: presenta a sus contemporáneos el mayor de los bienes por el que el hombre y la humanidad adultos pueden suspirar y, una vez encendidos sus deseos, despliega la suma de consideraciones necesarias para lograr tanto bien. Va a buscar a los hombres de su tiempo en el mismo terreno que polariza sus anhelos e inquietudes: ¿Quieren los hombres salvar tantos logros humanos de su siglo?... ¡También la Iglesia lo quiere! Como un estribillo se lo va repitiendo JUAN XXIII a lo largo de la *Pacem in terris*; pero, continuamente, como maestro de catequistas, se elevará de estas realidades terrenas para, sin renunciar a ellas, introducir en el ambiente de lo sobrenatural; no lo natural «como pretexto» para tratar de lo sobrenatural, sino ambos órdenes queridos y jerarquizados por Dios, y buscados por los hombres en espíritu de homenaje al Creador de ambos.

Valgan algunas citas:

Dice el Papa a los individuos:

«... Cuando las relaciones de la convivencia se ponen en términos de derechos y obligaciones, los miembros se abren inmediatamente al mundo de los valores espirituales, cuales son la verdad, la justicia, el amor, la libertad, y toman conciencia de ser miembros de este mundo. Y no solamente esto, sino que bajo este mismo impulso

*se encuentran en el camino que les lleva a conocer mejor al Dios verdadero, es decir, trascendente y personal. Por todo lo cual se ven obligados a poner estas sus relaciones con lo divino como sólido fundamento de su vida tanto individual como social.»*

Al dirigirse a los poderes públicos no teme bajar a los más humildes detalles con la mira de obtener mejores condiciones de vida para sus hijos:

*«Es por eso indispensable que los Poderes públicos pongan esmerado empeño para que al desarrollo económico corresponda igual progreso social, y que en proporción de la eficiencia de los sistemas productivos se desarrollen los servicios esenciales como la red de carreteras, los transportes, el sistema de créditos comerciales, la traída de aguas, la vivienda, la asistencia sanitaria, la instrucción y, por fin, la creación de condiciones idóneas tanto para la vida religiosa como para las expresiones recreativas.»*

Para que esto pueda lograrse, los cristianos no deben quedar al margen de tales cuestiones:

*«Al llegar aquí exhortamos de nuevo a nuestros hijos a que participen activamente en la administración pública y cooperen al fomento de la prosperidad de todo el género humano y de su propia nación. Iluminados por la luz del cristianismo y guiados por la caridad, es menester que con no menor esfuerzo procuren que las instituciones de carácter económico, social, cultural o político, lejos de crear a los hombres impedimentos, les presten ayuda para hacerse mejores, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.»*

Reconoce con pena el Pontífice que no siempre esta amplitud de criterios es compartida por sus hijos:

*«Es también cosa manifiesta que en las naciones de antigua tradición cristiana, las instituciones civiles florecen actualmente con el progreso científico y técnico y abundan en medios aptos para la realización de cualquier proyecto, pero que con frecuencia en ellos se han enrarecido la motivación e inspiración cristiana.»*

La causa de este fallo de integración de los valores de la vida moderna en las líneas de la fe —la misma que había denunciado SAN PÍO X en la *Acerbo nimis*— la cifra JUAN XXIII en una deficiencia de orden catequístico:

*«... Sucede en muchos casos y en muchos lugares que los cristianos no cultivan por igual el conocimiento de la religión y del saber profano, y mientras en el conocimiento científico llegan a la cumbre, en la formación religiosa no pasan ordinariamente de lo elemen-*

tal. De aquí la necesidad apremiante de que la formación de los adolescentes sea plena, sea continua y se dé de modo que la cultura religiosa y la formación espiritual vayan a la par con el conocimiento científico y con los incesantes progresos técnicos.»

Este bosquejo del grave problema catequístico apuntado, debería incitar a todo catequista a empaparse de la doctrina de la *Pacem in terris*. Con ello entraría de lleno en el espíritu de la nueva etapa abierta por S. S. PABLO VI con estas palabras en su primer mensaje al mundo:

«En esta luz se sitúa el trabajo para la revisión del Código de Derecho canónico, la continuación de los esfuerzos en la línea de las grandes encíclicas sociales de nuestros predecesores para la consolidación de la justicia en la vida ciudadana, social e internacional, en la verdad, en la libertad y en el respeto a los deberes y a los derechos recíprocos... La nueva época abierta a la humanidad por las conquistas espaciales será bendecida por Dios, si los hombres saben reconocer que son hermanos entre sí antes que competidores, y si saben edificar el orden en el mundo en el temor de Dios, en el respeto a su ley, en la luz de la caridad y de la colaboración mutua.»

Estas ideas serían aun recalçadas pocas horas después por nuestro Supremo Pastor en la homilía de la Misa de su coronación.

Así vemos dibujarse en las directrices del Magisterio supremo, una preocupación creciente de la Iglesia por integrar en su mensaje de felicidad eterna, los condicionamientos de una mejor ordenación de la sociedad temporal.

Creemos que esto constituye para todo catequista una invitación al examen de conciencia. ¿Cuál es su postura ante el progreso científico y técnico de su siglo? ¿Se interesa por él? ¿Cree que guarda cierta relación con los bienes espirituales que tiene la misión de anunciar? ¿Cómo estructura su catequesis para que, por los bienes terrenos, asciendan los hombres hacia los celestiales en una espiritualidad que parte del dogma de la Creación y culmina en el de la Encarnación?

Uno de los mejores tributos de filial devoción y agradecimiento que los catequistas puedan dedicar a JUAN XXIII, será releer lo que hemos llamado su «testamento catequístico», la *Pacem in terris*, para vivificar su catequesis con las riquezas doctrinales de este documento.